

LA PALABRA *nos atraviesa*

A PARTIR DE “PORQUE JUEGO”,
DE
Ana Fabiola Medina

◆ PAULINO ORDÓNEZ

“La palabra nos atraviesa”, me dijo tu mirada una ocasión. Una libélula lleva hoy mi réplica: “No a todos de la misma manera”, te susurrará. Nos tuvimos que alejar para acercarnos, y es un juego. Estás aquí, puedo leerte. Hay quien no lo entiende. No saben lo que dicen sin querer decirlo, no saben que también pueden ser leídos. Que tengan aún el corazón en su nido cuando sean alcanzados por unas manos, que tengan alas crecidas a la altura de los tobillos, sin haber volado aún. El juego es búsqueda, con el juego se encuentra (nos encontramos). Nos encontramos una vez un pez dentro de tu zapato y nadamos en silencio hacia la habitación. “El juego tiene que ver con el cuerpo”, fue lo primero que dijiste al día siguiente, con la ligereza del vuelo de una mariposa. Te pregunté qué habías soñado. “Sólo sé que estabas tú y mi entrepierna se hizo flor. Como ahora, mira”. Me quedé callado. Sé que me leíste.



**EN LA ESPERA CAIGO DE LA CAMA
Y FLOTO CON LA NOCHE HASTA
UN TIEMPO EN EL QUE REÍAMOS**

**DE CERCA Y DE UN BESO EN TUS
PIES ME DESPEDÍA SI ALGO NOS
IMPONÍA DISTANCIA.**

Vuelve, debimos haberle dicho al pez. Devuélvenos lo que tuvimos que perder para llegar hasta aquí, además de la vergüenza y el miedo. Calor, esencia, anhelos, alguna canción. La pérdida nos escribe, pero nos resistimos a aceptar sus sentencias. De alguna palabra nos hemos colgado mientras dure el insomnio. Dormidos no podemos jugar. “Pero soñamos, recuerda”, te escucharía decir y estoy seguro que bajarías la mirada hacia los pétalos en tu pubis. La libélula me confirmará de qué color es la flor crecida, esa vida que te surgió. Me esfuerzo con los ojos cerrados en soñar contigo pero por jugar, no duermo. No está tu espalda para leerla, nada de esa cabellera queriendo abarcar la noche. El juego es injusto. Hago tiempo imaginando que te acercas para darme a oler algo nuevo en tu flor amanecida.

Con el juego se encuentra (nos encontramos). Nos encontramos en el tiempo y nunca lo hemos celebrado lo suficiente. Busco mensajes tuyos en alas de insectos, en los ojos curiosos de los peces. Espero, nada se lee sin luz. Hay un ruido que no cesa, una palabra que

no arriba. En la espera caigo de la cama y floto con la noche hasta un tiempo en el que reíamos de cerca y de un beso en tus pies me despedía si algo nos imponía distancia. Distinta era la magia y el color de tus ojos supongo ya es otro. Envidia y espero. Quisiera preguntarte si en el juego estaba contemplado este temblor de títere. O el recuerdo de aquel pez. O el silencio impoluto. Entre la imperfecta trayectoria del día y el dolor de alas cansadas, solo queda la lectura del cuerpo propio. Un llamado en voz baja a que algo traiga la libélula de regreso, a que el sol permita ver tus huellas o las diminutas motas de polvo que danzan ahí donde estaría tu palabra otra vez ausente. “No dejes de jugar”, parezco oír de tu voz (se mantiene la misma y salgo de la habitación solo para nadar de vuelta en agradecimiento). “Estoy solo, me sofoco de lenguaje y sospecho que ese estar aquí tuyo es solamente el engaño de un significante tomado para representarte”, murmullo a la almohada de al lado. “Es el juego”, me dirías. “Es el juego”, me dirás en cuanto aparezcas. ●